

LOS LÍMITES DE LA LIBERTAD¹

ESPERANZA GUISÁN

Universidad de Santiago de Compostela

ABSTRACT

The main point to be made here is that liberty has important limits. To begin with my private actions can harm somebody else, in which case my liberty must be restricted (according to Mill's harm principle).

In the second place to be free has a value sense that cannot be attached to any action I happen to desire. My desires have to be satisfied, as Griffin argues, so that I do not desire *anything* but the best thing for me and for others.

Contrarily to what Mill and some contemporary writers, say, one is not free to have any ideal of life whatsoever: to kill people, to harm anyone one dislikes, etc. etc. Rather, one is free to be an enlightened, sympathetic human being. From a moral point of view that is all that that human liberty means.

On the other hand liberty, as a human good, must not restrict other people's liberty. Negative liberty must sometimes be sacrificed so that most people can enjoy positive liberty.

En las democracias liberales en las que vivimos la mayoría de los países occidentales la libertad, junto con la tolerancia y la plu-

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del marco del Proyecto de Investigación Coordinado «Críticas clásicas y contemporáneas a las teorías del Bienestar» financiado por la DGES con número PB96-936-C05-01-Guisán

ralidad constituyen los valores eje tanto en la esfera moral, política como jurídica.

La igualdad y la solidaridad se han visto notablemente postergadas aunque existe una cierta sensibilidad respecto a los muy marginados, los sin techo, los emigrantes, los enfermos terminales, etc., etc.

Sin embargo existe poca sensibilidad respecto a la servidumbre que supone tener un patrón o un «empleador», ser subalterno, subordinado, etc., etc.

En una sociedad vacía de valores se confunde libertad a veces con «hacer aquello que me de la gana» siempre que no sea sancionado negativamente por ello.

Las sanciones, no hace falta decirlo pueden ser de dos clases: las sanciones sociales y legales.

Hay individuos que por encontrarse en un estadio de escasa socialización no aprecian excesivamente la opinión de sus semejantes y ven como les apetece, a no ser que la ley les castigue severamente.

No hace falta describir al individuo «libre» del nivel preconventional kohlbergiano: engaña, miente, adula, se burla de todo el mundo de palabra y obra, no respeta ley alguna de convivencia a no ser que tema ser castigado por la ley.

Existen una buena cantidad de individuos tales en nuestra sociedad que consideran que la lealtad a las personas, la sinceridad y la ayuda mutua, son «patrañas», con las que la sociedad quiere coaccionarnos.

El grupo más numeroso sin embargo de individuos son los situados en lo que Kohlberg llamaría nivel convencional, que intentan ser agradables socialmente y están dispuestos a cumplir las normas establecidas siempre que esto les resulte gratificante socialmente.

Estos individuos no son «libres» en el sentido radical del grupo anterior, ya que se ven coaccionados por sanciones sociales. Poseen una «libertad» vergonzante que ocultan a los ojos ajenos, tienen amante, o amantes, pero salen de paseo con la esposa legítima, parecen honestos comerciantes, aunque estafan y timan todo lo que es posible sin infundir sospecha.

Es gente con los pies en la tierra que quieren «vivir y dejar vivir» pero sobretodo «vivir» aunque sepan que su falta de honestidad en el cumplimiento de las normas pueda producir daños a terceros.

Por último, según la investigación de Kohlberg, existiría otro tipo de individuos, los situados al nivel post-convencional, que se apartan de la mayoría, de las costumbres y normas establecidas, para revisarlas a la luz de la crítica y crear monológicamente normas que sirvan mejor a todos los individuos universalmente hablando.

A decir verdad Kohlberg no es exactamente un consecuencialista por lo que a él no le importa tanto que las normas «sirvan» a los individuos, como que sean normas asumibles universalmente.

Desde la perspectiva que yo propongo que se acerca más a un posicionamiento dialógico más que monológico, los seres humanos consiguen su libertad, cuando consiguen elaborar conjuntamente normas que ayuden mutuamente al desarrollo personal y el goce profundo.

Este punto de partida que encierra los elementos de:

Diálogo para elaborar las normas
Normas para la mutua ayuda
Ayuda para el desarrollo personal y el goce profundo

da como resultado una propuesta de libertad que es totalmente infrecuente en las sociedades que vivimos y que se da de bruces con las propuestas de libertad liberal enfrentadas al teologismo y la **areté** o excelencia.

Es más, la propuesta que yo realizo mientras que toma con cautela las llamadas al pluralismo y la tolerancia, sí que toma totalmente en serio la igualdad real entre los seres humanos, lo cual no implica uniformidad, o igualar por abajo, como se afirma para desacreditar las propuestas socialistas.

La neutralidad axiológica liberal es a mi modo de ver la causante de un mundo enloquecido en el que todo vale si el dinero o el rifle lo deciden así.

El temor a la intervención del Estado a la hora de privilegiar fines y metas resulta totalmente pueril. De una forma u otra el estado tiene que intervenir, lo único que habrá que dilucidar es hasta qué punto. De hecho en nuestras sociedades el Estado «discrimina» a los ladrones, los defraudadores del Fisco, los asesinos, los sádicos, etc. etc., y trata por todos los medios de hacernos llegar el mensaje de que la tolerancia y la paz son buenas.

John Stuart Mill fue cauto al insertar el principio del daño y afirmar que somos libres de actuar siempre que con nuestra acción no dañemos a terceros.

Tal vez todo lo que los liberales contemporáneos quieren decir es exactamente lo que afirmó Mill, pero aun así existen multitud de matizaciones que hacer tanto a Mill como a sus seguidores.

Para empezar, la noción de «individuo», «otro» y «daño» son nociones muy ambiguas y complejas. Es difícil si no imposible decidir donde comienza y donde acaba mi vida privada. Supongamos que soy una ciudadana respetuosa con los demás pero que me embriago frecuentemente lo que me incapacita para preparar mis lecciones de filosofía, escribir artículos medianamente interesantes o participar en debates públicos, tener relaciones estables con mis familiares y amigos, etc. etc. ¿No daño a nadie cuando me daño a mi sola?

Por lo demás ¿soy realmente libre cuando decido embriagarme?

Más bien es a causa de carencias afectivas, económicas, etc. etc., o por falta de estímulos o capacidad creativa por lo que la gente recurre a la bebida. Las personas felices raramente se embriagan, y si lo hacen es muy leve y esporádicamente.

Fácilmente comprendemos que no hay libertad de elección si estamos malheridos, tristes, desposeídos, maltratados, injuriados, etc. etc. Cuanto hacemos en dichas situaciones es «escapar» al dolor.

Por supuesto que me parece del todo legítimo que los seres humanos escapen a su dolor cuanto sea posible.

Nos tropezamos aquí con uno de los dilemas más importantes de nuestra vida, que suele ser olvidado con frecuencia, particularmente en las aulas de filosofía. En un mundo perfecto y feliz los individuos deben ser autónomos, porque quieren serlo, porque la autonomía es la base de la felicidad intensa.

¿Pero qué hacer cuando nos sentimos presa de una congoja o un temor infinito? E. Fromm hablaba de **el miedo a la libertad**, y creo que hablaba sensatamente. Parece que todo el mundo busca la felicidad y el placer, que nadie los teme, y parece también que esta libertad tan elogiada causa temor en la mayoría de los ciudadanos.

Sólo en un sentido muy trivial los seres humanos no temen ser libres, como examinaré brevemente, pero en el sentido en el que la palabra libertad tiene connotaciones de autonomía y responsabilidad, los seres humanos la temen.

1. LA LIBERTAD COMO LIBERTINAJE

La mayoría de los seres humanos creen erróneamente que pueden insultar impunemente, calumniar, injuriar, maltratar a los seres vivos, animales humanos y no humanos a voluntad, conforme les apetece o les «da la gana».

Ahora bien creo que nadie se molestaría en escribir un libro de filosofía para proclamar simplemente que cada uno haga lo que de todas formas haría, pegar cuando está furioso, matar cuando encuentra placer en ello, etc., etc.

El principio del daño de Mill está aquí para asegurarse de que nadie cause dolor o perjuicio a los demás.

Por consiguiente, hay que educar muy seriamente a los jóvenes y a los no tan jóvenes en que el principio de libertad implica respeto a la libertad de los demás, y más aún todavía, deseo generoso de compartir el goce con los otros.

Las razones para abandonar el «libertinaje» son múltiples. No sólo el temor a que el Leviatán hobbesiano castigue duramente a los que pudieran lastimar a otro, sino razones de prudencia que nos hacen comprender, como Hume reseñaba la necesidad de cooperar a fin de mejorar nuestra situación en la vida.

Estas razones sin embargo no son decisivas, yo puedo ser el gorrón que se apunta a la fiesta y come y bebe como los demás sin contribuir con algo, como todo el mundo ha hecho. Al menos puedo serlo algunas veces e incluso reírme del mundo y de los «tontos».

Las únicas razones realmente efectivas para evitar el pillaje y el tomar por asalto a la sociedad son razones profundamente morales que requieren, de un proceso profundo de educación moral.

A falta de razones morales «muerto Dios todo está permitido».

Lo antedicho nada tiene que ver con una propuesta de tipo comunitarista de restablecer las tradiciones, a fin de que los individuos encuentren guías y maestros que les muestren el camino de la «virtud».

Por supuesto que hacen falta «guías» y hacen falta «maestros» y «educadores», que tengan la sabiduría del filósofo platónico.

Sin embargo la idea de ser educados por los filósofos platónicos no nos resulta excesivamente grata. Porque los filósofos tienen sus prejuicios y bien pudieran hacernos caminar en una dirección única.

Por eso habría que empezar por elaborar entre todos un programa de educación en el que cediésemos la batuta, temporal-

mente, como hacemos en el campo político, a los más esclarecidos, a los más sensibles.

Lo que debe quedar claro a estas alturas es que ser libre no es ni hacer lo que nos apetece irreflexivamente e insolidariamente, ni seguir los dictados de las mayorías, como requieren las democracias prudentiales.

Entonces se me dirá, la libertad tal como la defines tiene límites, y por tanto no es libertad sino una expresión cargada de normatividad. Mi respuesta es que así es, en efecto, aunque a veces los autores o los lectores no sean conscientes de ello.

No existe una única definición de libertad que la haga inmune a las consideraciones sobre sus efectos en las demás, y eso como ya indiqué ya es mucho, aunque aparente ser tan poco. Porque los daños que puedo causar en mi vida privada a los demás, son muchos más de los que Mill imaginaba. Porque en realidad somos seres sociales y nuestra vida «privada» no deja de estar socialmente contaminada.

2. LA LIBERTAD Y LOS IDEALES DE VIDA

Uno de los puntos claves de *On Liberty* de Mill, parece ser la defensa de la diversidad y originalidad por encima de todo. Se diría que lo que importa es decidir **autónomamente** ser algo, con independencia de lo que ese algo sea.

No sólo Mill, sino desde Séneca a los existencialistas, la filosofía ha insistido en general en la autonomía, la autenticidad, la elaboración de criterios propios, como una de las cualidades más dignas del ser humano.

Personalmente pienso que ello es así. Que vale más ser un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho, como había afirmado Mill en *El utilitarismo*.

Pero ser un Sócrates auténtico y fiel al daimon particular es muy distinto a seguir a un daimon cualquiera.

El presupuesto subyacente a la filosofía es que el ser humano ilustrado es bueno, generoso, excelente, por eso, escuchar la voz de nuestra conciencia, es atender a todo lo que de mejor hay en nosotros.

No creo que nadie admirase a Hitler o a Franco por obrar en conciencia. Es más, se negaría que obraron en conciencia, que fueron autónomos y libres, por que de hecho el obrar autónomamen-

te y el obrar libremente implica, como Kant diría el triunfo del yo nouménico sobre el yo fenoménico, o lo que es igual el mundo del deber sobre el mundo de la mera apetencia.

No hay que ir tan lejos como Kant (que mal comprendió el sentido gozoso de la ética) para darse cuenta de que la autonomía es la obra de nuestra razón ilustrada y generosa frente a la heteronomía que es obrar conforme nos piden los demás.

Mill en este sentido despreció como pocos el «se» en el que nos diluimos sin llegar a ser nosotros mismos. Pero exageró tal vez las tintas hasta dar la impresión de que todo es válido con tal de que seamos libres y autónomos.

Parece extraño que un autor que ha insistido en la calidad de los placeres (frente a la cantidad en Bentham) pretenda igualar todos los placeres individuales que se presupone no tienen consecuencias sociales.

Es cierto que, desde algún punto de vista, todas las personalidades son ricas y que la variedad de formas de ser aumenta el valor de la convivencia. Pero este punto de vista es más estético que ético. En rigor es decididamente estético. Un asesino puede presentar un enorme atractivo desde un punto de vista artístico, incluso psicológico, pero muy poco desde un punto de vista ético.

Ya bien por el deseo de vivir, tan fuertemente arraigado en todos nosotros, ya a causa de la simpatía que nos une a las demás personas, los asesinos provocan nuestra indignación moral más profunda, aunque podamos considerarlos dignos de protagonizar una obra dramática excelsa.

Más aún, el conocimiento de las causas que han provocado al asesino puede llevarnos a la conmiseración, a la indulgencia, a la comprensión del asesino, pero parece cuando menos extraño afirmar que encontramos en su actuación nada que pueda ser «admirable», salvo en casos muy particulares, como cuando el que mata lo hace por defender su propia dignidad, o a otro ser indefenso frente a un injusto agresor.

Por supuesto que el ejemplo del asesino no sería adecuado en el caso de Mill que pone como límite a la libertad el principio de daño.

No hace falta decir sin embargo que el principio de daño es sumamente ambiguo. El asesino indudablemente me daña. Pero hay muchas otras conductas aparentemente no tan brutales, y no tan públicas que también me dañan. Pensemos en el individuo que vive ociosamente encerrado en su cuarto, sin preocuparse de su

alimentación, su salud y su cultura. Si no posee riqueza en poco tiempo será un indigente, al que yo en alguna medida habría de prestar auxilio económico y sanitario, por medio de los impuestos que pago al fisco.

Decir que a nadie le importa lo que haga cada individuo en su casa es un grave error. Si dos adultos se azotan «libremente» en su cuarto privado sin hacer con ello daño a nadie, se están convirtiendo en dos potenciales agresores de la humanidad, o en dos enfermos mentales a los que habrá que cuidar por parte de la comunidad.

Pocas, si alguna, acciones privadas no son en buena medida públicas. Sólo en islas desiertas e incomunicadas podríamos hacer lo que mejor nos pareciera sin padecer reprobación moral. Pero en ese caso ya no existiría la moralidad.

No vendrá mal recordar, lo que ya he dicho en otros lugares, que la moralidad es el instrumento que utilizamos para solventar tanto los dilemas intrasubjetivos como intersubjetivos.

La moralidad tiene como objetivo contribuir a nuestro crecimiento personal y a las relaciones cordiales, afectuosas y gozosas con los demás.

Por consiguiente no vale igual la vida de quien se esmera en desarrollar sus talentos, sus cualidades, intelectuales, psíquicas, etc., etc., que el que es indolente y prefiera la pereza a la pericia.

Por supuesto uno es libre de no ser una persona moralmente sana. Libre en el sentido legal de que no sé que no puede obligar a nadie a esforzarse en ser un mejor artesano, un mejor artista, un mejor amigo, etc. etc.

Pero desde un punto de vista moral la libertad está sumamente restringida, aunque, paradójicamente, la única libertad plena y realmente gozosa es la libertad moral.

Cuando uno vence recelos, prejuicios, miedos, temores se inserta en un grupo de personas afables con las que es posible la comunicación, es más libre que cuando retraído, se repliega en sí mismo cerrándose a los demás. Por eso el individuo que en la soledad de su cuarto decide clausurarse al mundo y sus habitantes no es un individuo éticamente tan libre como el que escribe cartas a los demás, o enviase faxes amistosos. Si se me apura no es ni siquiera un individuo psicológicamente libre.

Si bien es cierto que desde un punto de vista legal no podemos forzar a nadie a que escriba frases amables, en lugar de pergeñar pensamientos sombríos, desde el punto de vista moral, sí tenemos

todo el derecho del mundo al reprender al insolidario solitario y en alabar al comunitativo solidario.

Otra cuestión sumamente diferente es todo aquello que tradicionalmente se ha calificado de «moral privada» o «individual» y que atañía casi exclusivamente a la vida sexual de los individuos. Esta es ciertamente una esfera muy «particular» o al menos particular y privada donde las haya. Pero aun así no escapa a las consideraciones morales. Dicho de otro modo, uno no puede hacer lo que quiera en lo que a relaciones sexuales se refiere.

No quiero entrar en detalle respecto a todo lo que *sí* está permitido: pareja heterosexual u homosexual, sexo oral, anal, o vaginal, etc., que son cuestiones puramente anecdóticas.

Sin embargo la violación no está permitida, aun que sea una pareja estable, ni las vejaciones, ni el abuso de una persona sobre otra, y éstas son cuestiones centrales al trato humano, la excelencia y el desarrollo personal.

Por eso en la soledad de la alcoba, una o más personas pueden realizar actos deleznable o actos sublimes, incluso cuando, por hipótesis no dañen ni hagan bien a otro más que a sí mismo y su pareja.

Sería injusto concluir que Mill se equivocó rotundamente en **Sobre la libertad**, pero sí viene al caso señalar que se equivocó en algún sentido. Tal vez quiso apuntar simplemente que la moral mayoritariamente admitida no tiene porqué intervenir en la soledad de los cuartos. Cada uno es libre de vivir conforme a su conciencia, como había declarado Sócrates con su apelación al daimon.

Pero hay conciencias que no están suficientemente desarrolladas, y conducen al cilicio en la soledad, a la castración, o a la mutilación física o psíquica, la renuncia a la vida, en favor de «dioses», «prejuicios», «entes de razón».

La vida íntima del forofó religioso que reza en su alcoba por la salvación del homosexual, o la pareja de hecho, no puede ser éticamente tan valiosa como la de la persona ilustrada que busca la manera de hacer felices a sus allegados y a la humanidad en general, y emplea sus energías en la casa y en la calle en este sentido.

Mill quiso denunciar a una sociedad hipócrita y opresiva que intentaba imponer la moral convencional a todos los seres humanos.

En ese sentido escribió una obra espléndida que es un cántico al ser humano como creador de belleza y de armonía, que va haciendo su camino al andar, como diría nuestro poeta, aunque cometa equivocaciones, aprendiendo de sus errores y atesorando sabiduría.

Mill quiso denunciar el estado convencional de Kohlberg y lo hizo con sumo acierto. Le faltó decir que la moral mayoritariamente aceptada no tiene nada que decir respecto a mi vida privada, sino tampoco respecto a mi vida pública. En tanto no dañe a los demás, puedo decir en el ágora lo que me parezca oportuno. Es más aún, tengo derecho a exigir respeto de los demás cuando lo que digo y hago es fruto de la reflexión y la sensibilización y no de la costumbre o el capricho.

3. EL MIEDO A LA LIBERTAD

Como ya he indicado toda la filosofía prácticamente ha sido un canto a la autonomía, a la libertad, frente a la heteronomía y el servilismo.

Sin embargo, como también ya indiqué, Erich Fromm plasmó con agudeza en **El miedo a la libertad**, los factores que llevan a los seres humanos a entregarse a la irracionalidad y a ponerse bajo el mando de los dictadores.

Tenemos miedo a ser libres, a enfrentarnos con la opinión pública, a no seguir los mandatos de la masa, a no ser expuestos al ostracismo por no vivir como «se» vive, etc., etc.

Tenemos miedo a enfrentarnos con la realidad de nuestra finitud y buscamos opio de una y otra clase para distraernos.

Personalmente pienso que la búsqueda de la libertad, aun siendo necesaria, gozosa y éticamente bella, debe tener unos límites que vengan prudentemente aconsejables en cada caso.

Los usos de los diversos tipos de opio son válidos siempre que sepamos dosificarlos.

El «purismo» del que nunca toma un somnífero aunque por ello tenga que pasarse largas noches en vela parece totalmente injustificable y rayando en la irracionalidad.

La libertad, como la racionalidad, la ilustración y la autonomía, nunca son metas últimas, fines primeros.

La satisfacción de nuestros deseos más profundos es la meta. Y en la medida en que la libertad, la autonomía y la ilustración nos producen satisfacciones muy hondas hemos de anteponerlos a puras vagatelas.

Pero existe un sentido lúdico de la vida que debiera impedirnos tomarnos la libertad y la autonomía demasiado en serio.

Pienso personalmente que este sentido lúdico que incluye el recurso al humor, incluso en las situaciones más desairadas o menos felices, es uno de los bálsamos con que podemos cerrar muchas heridas, reírnos de nosotros mismos, nuestras pequeñas vanidades y nuestras fútiles metas.

El sentido lúdico de la vida no implica que estemos dispuestos a tomarnos las cosas a chanza, ni ser inoportunamente ocurrentes o chistosos.

El sentido lúdico de la vida es algo mucho más profundo, tanto que tal vez merecería otro nombre que ahora no puedo encontrar.

Sólo puedo decir que es una concepción de la vida y de la ética rabiosamente antikantiana, que prefiere mentir levemente a causar un disgusto, que prefiere soñar despierto a enfrentarse con la «cruda realidad».

Una vida tan decididamente irracional, cargada de claro-oscuros, de miserias, mentiras, fraudes, enfermedades, muertes, desamores, no se puede vivir kantianamente como si fuésemos seres incorpóreos dotados de una supuesta «pura» razón.

La sabiduría consiste en el dominio de la libertad. Conocer sus caminos y elegir cuándo y cómo transitarlos.

No podemos estar eternamente de espaldas a la opinión mayoritaria, no podemos vivir eternamente según la voz de nuestra «conciencia» que suele estar cargada de prejuicios de uno y otro tipo. Tenemos que perdernos en los demás, caminar con las masas, para saber de qué sufren.

Siempre estamos a tiempo de volver a casa, a nuestra íntima suprema soledad, donde recomponemos nuestro equilibrio.

Lo antedicho no supone una renuncia al ideal de una vida libre y auténtica en la medida de lo posible. Admite simplemente la fragilidad humana y pone límites a las exigencias de una vida enteramente dedicada a enfrentarnos con el mundo convencional.

Trata de evitar la contundencia habitual de los filósofos que admiten o rechazan las cosas de un modo total y frontal. Un poco

de «opio» es bueno, o por lo menos no es condenable, para transitar el dolor, la enfermedad y la muerte.

En condiciones normales sin embargo, la libertad y su búsqueda tienen la suficiente fuerza para ayudarnos a disfrutar de una existencia tan feliz como fuera deseable.

El miedo a la libertad es simplemente, muchas veces, el desconocimiento de los placeres que se derivan de su goce. Pero «libertad», permítaseme que insista una vez más, no es simplemente la capacidad de llevar a cabo cualquier cosa que se nos ocurra. Como todas las cosas de la vida la «libertad» entendida en sentido ético está limitada por conceptos así mismo éticos.

La «libertad» no es un estado natural, ni un movimiento espontáneo de los seres humanos, la libertad es un «logro» que exige trabajo, esfuerzo, deliberación, autocrítica, etc. etc.

No es la libertad kantiana, por supuesto, de valerse uno mismo en ausencia de los bienes más preciados. La libertad nos lleva a la búsqueda de la vida feliz. Como Mill ha indicado: «La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro camino propio» (**Sobre la libertad**, Alianza Editorial, Madrid, 1994., pág. 69)

Por ello toda búsqueda de la libertad que vaya en contra de nuestros sentimientos y afectos es una lucha baldía y totalmente pernicioso. No podemos suprimirla por medios legales, pero sí podemos protestar con nuestras palabras para que se adecúen a los anhelos humanos ilustrados.

El miedo a la libertad es a veces el miedo a crecer, a desprendernos del útero. Pero el crecimiento y la maduración traen con ellos recompensas suficientes para que anhelemos estar despiertos, libres y autónomos la mayoría de las veces.

La ambigüedad de la palabra libertad tanto en su sentido psicológico, al que aquí me he venido refiriendo, como en su sentido político, es tan grande, que se hace precisa una tarea de delimitación del concepto a fin de que tengamos una tarea de que tratamos cuando nos referimos a ella.

Desde mi punto de vista la «libertad» tal como es utilizada en el lenguaje común ha de estar determinada por un estado tal en que uno no encuentra impedimentos para realizar sus mejores metas. Todo lo cual implica necesariamente procedimientos para valorar las metas individuales, lo que implica la negación de la neutralidad axiológica propia de las democracias liberales.

Personalmente entiendo por mejores metas aquellas que producen un goce personal más íntimo y cooperar al goce de los demás.

No hay autenticidad, ni libertad que valgan la pena, si al final no conducen a estas metas individuales y colectivas.

Por supuesto que las cosas son hartamente complicadas, el «goc personal más íntimo» es un término tremendamente ambiguo a su vez. Podríamos decir que el goce necesita a la libertad como la libertad necesita al goce. Que son dos caras de un mismo fenómeno. Los seres humanos son tales que en ausencia de la libertad no disfrutarían de goces sino superficiales, y que en ausencia de goces profundos no contarían sino con una libertad restringida.

4. ¿POR QUÉ AMAMOS LA LIBERTAD?

Erich Fromm nos recordaba que tememos a la libertad, en el sentido de autonomía y superación de la convencional. Pero es un hecho también que amamos la libertad.

La literatura moral y política contemporánea son una apología constante de la libertad. En el lenguaje cotidiano se habla por igual de derechos y libertades, como cosas que nos son debidas.

Pero el confusionismo es enorme. Se parte por ejemplo de la creencia de que cada cual puede determinar «sus» libertades, como si fuese un ser totalmente indeterminado.

Sin embargo nadie se ha atrevido todavía a proclamar que uno es muy libre de afirmar que cuatro más cinco son siete, o diez, o cualquier otra cifra.

Ningún ser humano en sus cabales puede decidir su libertad, sino descubrirla. Sería realmente bonito imaginar que este mundo lo hemos hecho nosotros y que funciona según nuestras decisiones y deliberaciones. Pero las cosas no son así. Y no somos libres para pensar de otra manera.

Aceptar los límites «naturales» de nuestra libertad no es señal de servidumbre sino de sensatez, y el primer paso necesario para expandirla

Aquí nos encontramos con problemas muy serios que deberán ser tratados pausadamente.

Cuando Hume escribe en el **Tratado sobre la Naturaleza humana** que el debe no se sigue del es, para muchos está emulando a Kant, escindiendo el mundo natural, del mundo moral,

como más tarde, exactamente en 1903 haría G. E. Moore en su **Principia Ethica**.

Sin embargo la ética de Hume y la de Kant no convergen apenas sino en el reconocimiento del principio de imparcialidad, enunciado de forma muy diversa por ambos autores.

La «naturaleza» que debemos seguir para Hume es nuestra propia naturaleza humana, con sus pasiones, especialmente con sus pasiones que son las que han de decidir el curso de la razón práctica.

Kant por el contrario postula una razón a priori distinta a nuestro ser humano, a nuestros sentimientos más profundos, a nuestros deseos y anhelos.

Por eso la razón kantiana y la libertad son inconmensurables por encima del ser humano que siempre se siente atrapado por su magnitud y se ve constreñido a obedecerlas.

La razón humeana y la libertad humeana son, en cambio, de tamaño humano limitadas a nuestras necesidades, anhelos y aspiraciones.

La razón kantiana, y la libertad así mismo, no son elegidas, sino impuestas.

La razón humeana y la libertad consiguiente son elegidas porque se muestran como la forma más idónea de convivir gozosamente.

Los seres humanos, pues de acuerdo con la versión humana, aman la libertad a causa de los bienes que produce, los estímulos que procura.

La libertad kantiana es el fin de la libertad de diseño humano. Nos exige como a los dioses ser alma sin cuerpo, renunciando incluso al amor **patológico** entre nosotros.

Ocurre así, paradójicamente que el ilustrado Kant, en nombre del dios cristiano ha formulado una idea de «libertad» que nos impide emparejarnos como deseamos, morir, vivir, abortar, etc.

Contra esa «libertad» transcendente y aniquiladora se han alzado todos los libres pensadores, todos los ilustrados, en cualquier siglo.

La libertad es librarnos precisamente de verdades absolutas ajenas a nosotros, no como seres pequeños individuales, sino como grupo humano.

Amamos la libertad porque en ella y con ella nos unimos a los seres humanos y nos alejamos de los dioses celosos de nuestra intimidad.

Amamos la libertad porque nos libera del dogma, de la sinrazón, del servilismo.

Pero esta libertad no tiene nada que ver con los caprichos personales, sino con las grandes metas de la humanidad. Constituir una familia sin fronteras, en donde la cooperación y la solidaridad produzcan goces sin límite.

La libertad nos regenera, anima nuestras ansias de saber, nos reconforta, nos enseña nuestros límites y nuestras posibilidades. Nos enseña a ser humanos y a desear conforme a nuestras facultades y nuestros talentos.

La libertad posiblemente es la palabra más entrañable para nuestros conciudadanos, especialmente los que hemos padecido regímenes dictatoriales. Significa que vamos a poder elegir nuestra fe religiosa, nuestro agnosticismo, o nuestro ateísmo, y que vamos a ser respetados, lejos de ser objeto de sospecha.

Probablemente de todos los elementos que constituyan el goce humano la libertad sea uno de los mayores, junto con los afectos privados y la solidaridad.

Pero la «libertad» que merezca tal nombre no es una cosa cualquiera. Por supuesto no viene determinada por la voz de la razón purísima kantiana, o los dictámenes de las deidades de uno u otro credo. Basta mirar al mundo y a los seres humanos para comprender que libertad implica capacidad para hacer cosas buenas, hermosas y gozosas. Uno nunca es libre para arrancarse un ojo (aunque legalmente nada habría que oponer) ni para mutilarse cualquier otro miembro, o para atrofiar sus talentos. Uno es libre para que le implanten el miembro que perdió, para que le ayuden a desarrollar sus capacidades.

Creo que sería un uso verdaderamente extraño el de quien reclamase en nombre de la libertad destrozarse su vida, acabar con su fortuna, destruir sus producciones más queridas.

Por supuesto que uno es libre para poner punto final a su vida. O reclamar ayuda a quien se la pueda suministrar. Pero se trata de casos que se salen de lo ordinario. Uno es libre para morir cuando la vida no le es satisfactoria, o le produce sufrimientos. Pedir libertad para morir cuando la vida es plenamente dichosa resulta chocante, y parece más bien un sinsentido.

Esto quizá nos llevaría a plantearnos si la libertad personal no está delimitada por algunos deberes que tenemos para con nosotros mismos, como conservar la vida que según algunos no nos pertenece sino al presunto autor de la misma.

Personalmente me inclino a creer que la libertad que amamos, la que nos libera y nos produce alegría está limitada más bien por derechos paralelos, que por deberes encontrados.

Uno no es libre de arrancarse un ojo, en condiciones ordinarias, ya que tiene un derecho a poseer sus ojos, mantenerlos y fortalecerlos. De modo igual uno no es libre para vivir en la miseria, la penuria, la suciedad, porque tiene derecho a una vivienda cómoda y a una vida higiénica.

Por añadidura los demás también tienen derecho a que nos cuidemos, seamos limpios y ordenados, en vez de desastrados criadores de piojos que se expandirían rápidamente por la comunidad (lo cual pone de relieve lo poco privadas que resultan nuestras acciones más íntimas).

Todo esto no significa en verdad que los dogmáticos de turno puedan éticamente penetrar en nuestra intimidad para regular nuestras conductas.

Para empezar sólo es exigible éticamente de un ser humano tanto en su vida pública como privada aquello que sea claramente, contrastablemente, benéfico para él mismo y los demás.

La costumbre, la tradición, lo establecido no suelen ser los mejores consejeros a la hora de verificar que es bueno y malo en sentido prudencial y moral para el ser humano.

Es cierto que hay «verdades morales» que el tiempo ha consagrado. Por ejemplo que es malo matar. Que la paz es mejor que la guerra. Que la violencia es repudiable, etc., etc.

Pero hay prejuicios morales que han impedido a miles de seres humanos ser dichosos, especialmente todos aquellos concernientes a la moral sexual.

Por lo tanto es imprescindible que trabajemos laboriosamente por descubrir qué cosas nos benefician y qué cosas nos hacen mal. No para imponerlo legalmente a los seres humanos, sino para sugerirlo, y discutirlo con mente libre y crítica.

La complejidad de la vida moral es tanta que hace que la mayoría de la gente se desanime y prefiera seguir el rumbo que mejor le parece. Pero por extraño que pueda parecer, por raro que pueda sonar en estos tiempos existen «pequeñas verdades» éticas, como que es mejor curar que dejar sufrir a la gente, por ejemplo.

Se precisarían estudios intensos de historia, psicología, sociología, antropología, economía, biología y ciencias de la salud, literatura, arte, etc., para ir descubriendo la posibilidad de universales transculturales que pongan de relieve valores que afecten a la totalidad de los seres humanos.

Vivimos en tiempos de «reduccionismos». Nuestra cultura, nuestra sociedad, nuestros códigos y nuestra Carta Magna parecen ser lo único importante, por erradas y erráticas que puedan ser.

Un desarrollo multidisciplinar de la Moral humana podría llevarnos a comprender el malestar en nuestra cultura o la falta de bienes importantes, como un ocio culturalmente productivo.

El conocimiento profundo de la humanidad podría enseñarnos nuevos caminos de libertad gratificante. Mientras tanto nos contentamos con la libertad presente porque entendemos que la libertad supone protección contra los que no quieren dejarnos vivir una vida que hemos elegido consciente e ilustradamente.

5. MÁS LÍMITES PARA LA LIBERTAD

El relato de Locke en su segundo tratado de «como se adquiere el derecho a la propiedad mediante el trabajo» es realmente ingenuo. La tierra es de todos, y cada cual puede apropiarse de toda la que le venga en gana con tal de que pueda trabajarla y hacerla productiva. Más aun la aparición del dinero hará que no sea necesario que consumamos todo el producto generado ya que podemos vender y conservar en dinero parte de lo trabajado.

Se diría que se trata de una comunidad feliz, donde cada cual vive tranquilamente comerciando pacíficamente con sus vecinos.

La realidad de las sociedades actuales es que muchos tienen mucho que vender y comprar, y otros apenas tienen nada. La libertad de muchos, o pocos, según las circunstancias, significa la servidumbre de pocos o muchos.

Se diría que existe una irremediable desarmonía social, un espíritu competitivo y avariento, que lleva a algunos especialmente dotados para el comercio, la industria, los negocios, el manejo del mercado, a situarse en posiciones tan privilegiadas que pueden hacer prácticamente lo que se les antoje tanto con sus vidas como las ajenas.

En algunas sociedades abiertas, el desempleo amenaza con acabar con la autonomía de la población juvenil y no tan juvenil.

En otros países ricos como los Estados Unidos, las prestaciones sociales son escasas, y la violencia y la delincuencia ensombrecen al país más «libre» del mundo.

¿Cómo se puede hablar éticamente de libertad o libertades si no las universalizamos y las hacemos válidas para todos los humanos?

Es francamente una hipocresía hablar de «libertad de expresión» igual para todos, cuando unos poseen los canales de televisión, la radio y la prensa, y otros una humilde pancarta.

Poco o nada importa que este estado de cosas goce de la aceptación de la mayoría de los ciudadanos. Todos sabemos como se celebran las elecciones, la falta de ilustración de quienes votan, la influencia de la personalidad de los políticos a la hora de hacerse con los votos, las fortunas familiares implicadas en las carreras electorales, etc., etc., etc.

¿Es este un mundo al que podemos llamar sin sentir sonrojo «libre»?

Ocurre que sin medios iguales de fortuna y oportunidades la libertad igual es un fraude. Todos debieran contar con medios financieros para hacerse con la prensa y los demás medios. Todos debieran poseer fortuna personal para hacer carrera política. Todos. Todos deberían poseer tanto talento, por lo menos, como el que puede desarrollarse mediante una educación debida. Todos deberían aproximarse un poco más, parecerse un poco.

Por supuesto que igualar por abajo no es deseable, ni lo es tampoco uniformar todos los ingenios. Pero la libertad igual debe comprometer en buena medida a la justicia distributiva a fin de lograr que los menos favorecidos por la naturaleza o la suerte social puedan aproximarse no sólo al nivel de vida de los mejor dotados, sino al desarrollo moral y cultural de los ciudadanos más excelsos.

Soy perfectamente consciente de que la libertad no es posible en sentido sustantivo y real sin la reducción de las desigualdades económicas y sociales hasta su práctica desaparición. Y también soy consciente de que es precisa la concurrencia de todas las ciencias sociales a la hora de configurar una sociedad en la que la libertad sea posible para todos por igual.

Algo más, para que la libertad sustantiva y no meramente formal sea posible es preciso lograr el cambio moral de la sociedad. Dificilmente de otro modo iban los muy ricos a consentir que su riqueza fuese mermada. Ni tampoco la clase media alta quería prescindir de ninguna de sus ventajas.

Limitar la libertad formal para que crezca la libertad sustantiva, habría de ser el lema. Limitar las libertades de unos cuantos para que crezcan las libertades de todos los demás.

De lo contrario esa palabra mágica «libertad» puede convertirse, de no limitarse sus atribuciones, en una amenaza para un grupo de seres humanos condenados por sus conciudadanos a no disfrutar de los goces de la vida.